

EL BATALLADOR

REVISTA LITERARIA.—ORGANO DE LA JUVENTUD SORIANA

Se devuelven los originales.—Prohibida la reproducción.—De los artículos responden los autores.
Redacción y Administración: Plaza de Aguirre,
Palacio de los Condes de Gómara.

Director: Bienvenido Calvo Hernández

Administrador: Servando Aguilera

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
En la capital. Un año... 1,00 peseta.
Fuera de la capital... 1,25
Idem, en el extranjero... 2,00
Número suelto, CINCO céntimos. Pago adelantado.

Sobre las escuelas

La campaña de la prensa ha convencido á nuestra corporación municipal de la necesidad de construir nuevos locales para escuelas.

Nos parece muy bien que favoreciendo á los niños que habitan en los extremos de la ciudad, se construyan dos escuelas: una en la parte baja y otra en la parte alta.

Las vidas de esos pobres niños que acuden á los santuarios de la ciencia para recibir los primeros principios de educación é instrucción, deben favorecerse visiblemente dándoles toda clase de facilidades para que asistan puntualmente y con asiduidad á la escuela.

Por la determinación expresada, enviamos nuestro aplauso y nuestra felicitación al concejal que lo haya propuesto.

Sentimos verdadera vocación para el estudio de la ciencia de Roebel y nos complace extraordinariamente hablar de estas cuestiones interesantes por demás al pueblo y á la patria.

Nosotros nos permitimos hacer un ruego á nuestro Ayuntamiento.

En una de las últimas sesiones, se habló de construir las escuelas graduadas, en el mismo sitio donde ahora están, arreglando al efecto con un gasto de 25 á 30.000 pesetas el edificio Escuela Normal de Maestros.

Conocemos perfectamente esos locales, hemos estado en ellos durante las horas de clase y podemos asegurar, sin riesgo de equivocaciones de ningún género, que las 25 á 30.000 pesetas allí se empleen no pueden dar el milagro de facilitar es-

pacio, porque aquello, dígame lo que se quiera, es angosto en extremo.

Llaman en las escuelas graduadas jardín á un patio, que, más que jardín y patio, bien debe llamarse *corral*. Las clases son todas ellas reducidas y nunca podría obrar el santo prodigio de hacerlas mayores. La situación y sus límites no habían de favorecer mucho las obras si se llegaran á realizar. Y nos afirmamos en la creencia que las escuelas graduadas de niños, por mucho que se arreglen, siempre estarán mal, estando donde están.

Las escuelas graduadas deben construirse en el centro de la población, en sitio perfectamente salubre, donde el aire pueda facilitar la oxigenación de los pequeñitos; hágase una escuela graduada, que si no modelo, cuando menos tenga las mayores comodidades para los niños.

Debe pensar el Ayuntamiento soriano que á la Escuela graduada acuden diariamente durante el curso académico para ejercitarse y conocer el modo de educar é instruir los alumnos del Instituto que estudian la carrera del Magisterio (de esclavos, según muchos) y si en vez de escuelas ven un local lóbrego y pavidio como ahora, esos alumnos, cuando reciban el título y el nombramiento se llevarán un concepto muy equivocado de lo que es una escuela y mucho menos una escuela graduada.

Se harán escuelas, mas si se hacen mal, valiera más quedarse sin ellas.

Meditaciones

¿Y son las águilas?...

¡Águilas!... Todos os admiran, envidian vuestro vuelo rápido, vuestras

miradas altivas al *Dios sol*, y yo auno mi admiración á la de los demás. Pero es necesario hacer más, mucho más, y desprecio á tus empuñadores, porque también existen seres, que empuñan tu grandeza. ¿Que quienes son?... Son...—pero perdónales—son los *ilusos*. ¡Se comparan á tí!, ellos... los aherrumbados á perpetuidad, á causa de su quietismo cerebral.

¿Y son las águilas?... Esos que envidiosos de tu vuelo, tienen la osadía de elevar su vista hasta tí, tratando de imitarte. *Ilusos*, descreídos de vuestra poquedad, aduladores de vuestro corto genio. ¿No comprendéis lo ridículo y risible que resulta en vosotros, el que, tomando la majestad del águila, ensayéis un lenguaje adulator de vuestra cortedad cerebral? ¿No comprendéis *ilusos!* que así únicamente, en vez de llegar á igualaros á la severa ave, os ponéis al nivel, de aquellos que pregonan su honradez á voz en cuello, con el fin de encubrir con el pregón las lacras de sus conciencias culpables de usureros?...

¿Y son las águilas?... ¿Los que pregonan su hombría de bien, los que sustentan ideas, ideas de redención, y las abandonan, las traicionan y se convierten en trasfugas?

¿Y son águilas... Esos que por satisfacer el estómago, venden á sus hermanos?

No es perdonable vuestra necesidad, queréis ser águilas y sucumbéis al ahilo estomacal...

Por tí, yo que no me atrevo á igualar tu majestad, por que al menos sé que tu no fuiste hechura de tí propia, que tu majestad y tu altivez nació contigo, que tu no pregonas tu superioridad, porque al superior se le reconoce. Por tí, yo que no me atrevo á mirar cara á cara á sol brillante, por que sus rayos me deslumbran, desprecio á los que, *ilusos*, osados y aduladores de su paquedad! se comparan á tí, para que los demás se den cuenta de su existencia...

Cigüeñas, ¡oh, vosotras que limpiais los campos de bichos peligrosos! ¿Por qué no limpiais—defendiendo á vuestra reina—al mundo de seres osados y aduladores de su paquedad cerebral?

MARIANO CABRUJA

De mi cancionero

Para EL BATALLADOR

Mientras que los presos cantan
para distraer la pena,
una viejecita llora
junto al lar, allá en la aldea.

La llamaron mala é ingrata,
su rostro no se inmutó;
la dijeron que era fea,
y del berrinche murió.

No te embarques, caro amigo,
estando picado el mar,
ni te cases con mujer
que ofrezca felicidad.

Tener fe en tus promesas
y esperanza en tus mandados
es merecer caridad
por ser tonto rematado.

Tiene en su casa á la suegra,
dos cuñadas y seis hijos...
hasta las chinches huyeron
de tan bello paraiso.

A un poeta de cantares
le decía un alfarero,
tú haces cantares, yo cántaros,
los dos somos cantareros.

A. MAGÍAS RODRÍGUEZ.

ESTELARES

¡Por los que allá pelean!

Canción lúgubre, himno de dolor,
salmos de tristezas, pena y compa-
sión.....

Más allá de la Milla de los indíge-
nas se ha encubertado el azulado cielo
con las cetrinas capas de polvo y hu-
mo. Se ha turbado la paz de aquella
región de meknarias y se ha profana-
do el tranquilo vivir de dos naciones.

En las mezquitas ya no rezarán
tranquilamente por el califa de Stam-
bul; en las escabrosidades de los picos
del Gurugú ya no se recrearán los ri-
ffeños contemplando las nebulosida-
des del crepúsculo de guerra. Todo es
olvidado al grito maldito de ¡vamos á
la guerra!

Y en Melilla, esa población española
que nos recuerda la Ciudad fenicia de
Rusadir, ha desaparecido el ordinario
tráfico comercial ante el continuo mo-
vimiento de fuerzas militares espa-
ñolas.

El estruendo del cañón llegará á to-
dos los rincones de Marruecos; las
descargas de la fusilería cruzarán, de-
jando estigmas sangrientos, por las
hondonadas de Sidi-Musa, y el crugir
intenso de los chispazos ahogará el
chillido de la chusma mora.

Cuando yo era más joven amaba
todo lo que hoy detesto.

Meditando en lo que España realizo,
sufro inmensamente y casi siento de-
seos de llorar errores que no son míos.
Allá en Melilla, empuñando un fusil y
guardando unos cartuchos, mueren,
rinden tributo á la muerte, numerosos
hijos de esta España, que llamamos
rica. Y aquí, en donde guardamos la

viceversa, vemos un futuro rosado y
floral.

Por defender la dignidad y la honra
de nuestra bandera, se asegura que
vamos á la guerra con el marroquí.

Los cañones del fuerte español del
Rosario miran á territorio moro en
son de amenaza.

Cumpliendo el juramento que un
día de fiesta—para ellos—prestaron,
han muerto numerosos oficiales y sol-
dados españoles.

Su muerte ha sido gloriosa. En sus
estertores de agonía habrán visto zu-
lvidas fulguraciones y habrán con-
templado quizá á su patria, llorando
la muerte de los que por ella luchan.

Obedecían más que á nada á la voz
del Jefe. Y en el cumplimiento de su
deber hallaron el lazo de la muerte.

Sobre la misma tierra que pisaban
defendiendo heroicamente sus posi-
ciones encontraron un sepulcro.

Las balas enemigas llegaron á ellos,
les quitaron la vida y les cedieron una
muerte mitad gloriosa y mitad sal-
vaje,

Murieron por la Patria, y aunque
ellos creyeran ver y sentir el llanto
de sus compatriotas, su muerte ape-
nas ha sido sentida.

Todos viajan, todos rien, todos sa-
borean los deleites del verano.

Sólo los sensatos han entonado un
recuerdo para las víctimas y llorado
su muerte.

¡Así somos y así consentimos ser!

BIENVENIDO CALVO.

Páginas sueltas

(Del libro «Rafa ó la mujer inconsciente»)

(CONTINUACIÓN)

He de advertirte, amable lector, que
yo vivía en el tercer piso de una casa
de la calle Amparo.

Era esta calle silenciosa, sin orgías,
sin bullicio; allí la vida deslizábase
monótona siempre; en esta calle ape-
nas si se notaba el grande y constante
movimiento de la población *fabril* por
excelencia. Y, precisamente, por lo
silenciosa, me gustaba más que ningun-
a otra.

Porque desde la muerte de mi ami-
go Arturo, buscaba la soledad, el si-
lencio. Quería vivir aislado, sin roza-
miento alguno con la sociedad; quería
vivir ignorado de todos, sin que nadie
se diera cuenta de mi existencia. Y,
no vayas á creer, querido lector, que
era la desesperación del vivir la que
me impulsaba á obrar así; no; era la
ingratitude del pueblo, la indiferencia
de aquéllos por cuya redención traba-
jábamos tanto Arturo y yo. Esto ya lo
explicaré más adelante. Y más que la
indiferencia de nuestros esclavos, á
quienes tratábamos de salvar, culti-
vando y proporcionando á su inteli-
gencia conocimientos utilísimos, me
dolía la despiadada *ironía* de aquellos
apáticos, inútiles *señorillos* que, en
el café, en el paseo, en todas partes,
mofábanse; quizá envidiosos, de nues-
tras obras, cosa que ellos, con dinero
sobrante, no se atrevían á hacer.

Y esto, lector, producíame amargo
dolor. Por esto, pues, vivía yo en

aquella calle en la que no había ni
apáticos señorillos, ni fábricas, ni ta-
lleres, ni orgías, ni bullicio...

Y ya que en la calle estamos,
penetremos sigilosamente en mi
habitación. Era esta un cuartito bas-
tante reducido, si bien con clara
luz y buena ventilación. En este cuar-
tito sólo había una mesa con muchos
libros, dos ó tres sillas para las visitas
y el lecho donde yo dormía. En cuan-
to á «decoración» sólo se veían en sus
paredes algunos cuadros que me re-
galara mi infortunado amigo, pintados
por él. En una palabra, era una habi-
tación para *caballero solo*, humildemen-
te amueblada.

Sentado en una silla, de codos sobre
la vieja mesa y con las manos en la
frente, pasé en aquella alegre habita-
ción noches enteras de lectura.

Y he dicho alegre, porque en ella se
encerraba el *oasis* de mi estéril de-
sierto.

Allí, en aquel pequeño cuartito te-
nía las obras de los mejores autores
del mundo, y allí también, en el cajon-
cito de la mesa guardaba, bajo llave,
«Mis memorias», libro que habíame
costado días infinitos de eterna *vigilia*.

Y allí, por último, guardaba también
el divino poema «Cuadros al óleo», es-
crito por mi desdichado amigo Arturo,
en cuyas composiciones retrata fiel-
mente á la mujer que se vende...

En este cuartito era donde yo leía
una noche aquellas tristes páginas de
dolor que me dejara escritas Arturo
cuando la vecina diera suaves golpe-
citos en la puerta....

IV

Abrí la puerta de mi cuarto y al
momento comprendí de lo que se tra-
taba. Había *julepe*. En el cuarto con-
tiguó al mío, tocaba reunirse el *cón-
clave*, es decir el grupo de mujeres,
acompañadas de traviesos chiquillos
que armaban barahunda infernal.

Aquella noche no pude continuar la
lectura. Apenas me vieron las mujeres
hubieron de empeñarse en que jugara
al *julepe*, y, para librarme de sus *eno-
jos*, tuve que aceptar. Pero aquello era
sufrir. Figúrate, querido lector, colo-
cado entre dos *gordinflonas* señoras
en una habitación reducida, sin poder
mover el cuerpo para ningún lado, ni
los pies, ni los brazos, ni estornudar
siquiera.... ¡Ay! aquello era calor...
Lo cierto es que me hicieron pasar
unas horas de grandes sufrimientos.

Serían las doce, cuando, sintiendo
necesidad de respirar aire puro, aban-
doné aquel enjambre de mujeres y
chiquillos y me encaminé á las afueras
de la capital.

No habría andado doscientos metros
cuando sentí, no muy lejos de mí, las
delicadas notas de un piano. La hora
y el sitio de donde procedía la música
llamaron poderosamente mi atención.

No queriendo atraer la curiosidad
del *sereno*, que estaba próximo y que
hubiera venido apenas me viese par-
do, continué mi nocturno paseo en la
misma dirección.

No quise andar mucho. Hallábame
fatigado y me volví á casa. Pero al
pasar frente á la que donde momenta-

antes escuchara la música de un piano, en el balcón del mismo piso,—era el primero y pude verlos á mi sabor—había una hermosa pareja que se prodigaban mutuamente todo género de caricias.

Examiné el rostro de ella y profirió una maldición. ¡Ah!, ¿de esta manera lloras, ingrata, la muerte del que sólo pensó en tí?, dije, y volví la espalda huyendo de aquel para mí doloroso cuadro. Abandoné ligeramente aquella calle para ir á llorar en mi cuarto por la memoria de mi pobre amigo.

Llegué jadeante á mi habitación y me apoderé de aquel libro donde estaba la historia de su amor, para buscar en él la ingratitud de la mujer que acababa de ver. Después de pasar hojas y más hojas, sin acertar á leer en ninguna, paré mi vista ante unas líneas que llamaron mi atención; y leí:

«Una tarde, cuando después de las tareas ordinarias me dirigía al acostumbrado paseo, sentí que mi vista se nublabá, mis piernas se negaban á andar y, tambaleándome, pude llegar hasta un banco del Arenal donde caí medio desvanecido. ¿Y qué era? Que al pasar por una de las principales vías de la capital, allí, á la entrada de una concurrida tienda, había visto una jovencita de singular hermosura, quizá la jovencita con la cual, soñara yo en noches pasadas, y que, sin duda alguna, se fijaba en mí.»

«No obstante, no quise vivir de ilusiones. Quería convencerme haciendo verdaderas observaciones, del interés que pudiera haber despertado en el tierno pecho de tan linda jovencita.»

«Y mis observaciones no fueron vanas.»

«Dando vueltas y más vueltas por la calle donde se halla situada la tienda en cuya puerta viérala por primera vez, y deteniéndome frente á ella por espacio de algunos momentos, dirigíla miradas llenas de fuego, procurando llegar hasta lo más hondo de su corazón y descubrir en sus ojos hasta el más nimio de sus pensamientos.»

«Allí, en la alegre tiendecilla, de gratos recuerdos para mí, fué donde por vez primera, sus ojos cerulescentes é hipnotizadores me miraron llenos de amor y de dulzura. Allí, en fin, una tarde hermosa de primavera, contemplé, lleno de asombro, su lindo cuerpecito, su pecho de virgen y su rubia y sedosa cabellera, parecida á la jovencita de mis sueños.....»

Noté que los ojos se me cerraban, que el libro se me caía de las manos y me arrojé en el lecho.

ODNAVRES.

(Continuará)

ACTUALIDADES

El simpático *Nautilus* publica en el último número de *La Verdad*, un bien escrito artículo en el que habla del ilustre Unamuno y del gran poeta Antonio Machado.

En la conversación que han sostenido estos dos grandes hombres, han hablado principalmente de la juventud soriana.

Y han hablado de su valía, de su entusiasmo para las empresas grandes; pero, en esta ocasión, los jóvenes sorianos no han confirmado las esperanzas que de ella tienen.

Se lamenta, y con razón, *Nautilus* en frases sentidas, de que la juventud soriana no responda a estos llamamientos que se la hacen, y, mucho más, si en ellos figura el nombre de D. Miguel de Unamuno.

Yo conozco al sabio Rector de la Universidad de Salamanca; yo le he visto varias veces allá en la rica y hermosa capital de Vizcaya y he oído en varias ocasiones su voz con admiración profunda.

Por esto, porque conozco su talento y su valía, siento ardientes deseos de que la venida de Unamuno á nuestra capital sea un hecho.

Ya tiene un partidario más el amigo *Nautilus*.

¡Adelante!

Estos días han marchado, para incorporarse en sus respectivos regimientos los soldados que se hallaban disfrutando de licencia.

Van altivos, decididos, anhelantes de lucha, dispuestos á sacrificar su vida por el honor de la Patria.

¡Hurra, valientes soldados!

El insigne poeta Antonio Machado se ha casado. Ha sentido, aún á la edad de los desengaños, en su pecho las llamas del amor y ha llevado ante el altar á una linda y preciosa compañera. ¡Que el amor de esta mujer sea el que te inspire tus gloriosas composiciones! ¡Felicidad, insigne vate!

SERVANDO AGUILERA.

¡¡VAYA ARNICA...!!

—¡Director... directoo...or... director...oo...or!

—¿Qué ocurre ee..ee..?

—¡Arnica...! ¡Venga pronto...!

—¿Qué pasa, hombre?

—¡Arnica! ¡Pronto..., que estoy herido!

—¿Dónde...? ¿Cómo...? ¿Quién...?

—¡Ay! ¡Que me duele mucho, director...!

—Tranquilízate, hombre, y explícame quién te ha causado la herida... que yo no veo.

—¡Vive Dios! ¡Una fierecilla que, aunque no ando muy bien, que digamos, en Historia Natural, debe pertenecer al grupo *ese* que llaman *felino*...! ¡Qué arañazo, director, y qué cosquillas...!

—¡Jesús, María... etc! ¡Pues habrá que matarla y llevar su cuerpo para que lo examinen y vean si padece de *hidrofobia*...!

—¡Ay, ya estoy más tranquilo...!

—Pero, sepamos, hombre, como ha sucedido el *encuentro*...

Pues, nada, director; esa *fierecilla* es *La Voz del Dependiente*, que, sin duda alguna, tiene por reporter alguna *mujerzuela* encargada de informarle de murmuraciones de comadres y dichos de *carasol*...

—¡Ah, ya; esto me güele á *albayalde*!

—No *arula* muy lejos..., director.

—Pues bien; *La Voz* se lamenta de que estos chicos de *esclarecidas inteligencias* hayan tenido la *despampanante* ocurrencia de decir que el periódico en mención no forma parte de la Prensa, cosa que ¡vive Dios! no ha pasado por nuestra imaginación.

—No te apures, hombre. De este *incidente* tengo la *clave*. Ya recordarás que hay *autores melodramáticos* á quien se les ha negado la publicación de trabajos en las columnas de EL BATALLADOR, y éstos, quizás...

—¡Ah, sí...! ¡¡Señores de *La Voz*, menos *pimentón* y más *jabón* que limpie...!!

FRAY TORIBIO.

Estafeta

M. F.—Barcebal.—Recibida carta. Envié números pedidos. Deseo alivio enferma.

H. G.—Serón.—Entregué recibo señor Gonzalo.

E. T.—Vozmediano.—Te ruego suscripción. ¿Y tu hermano?

P. M.—Yelo.—Redacción acordó nombramiento Corresponsal que teenviará fecha próxima con recibos suscripciones nuevas. Gracias interés tomádote. Exige importe suscriptores que niéganse.

A. Escartín.—Bilbao.—Como verás, farsa bien representada. Escribe algo.

C. P.—Gómara.—Sigo enviando periódico. Gracias desprecio *cizañas eaciquil Poncio* que V. sabe. *El Batallador* piensa construir jaulas seguridad para fieras de esa naturaleza.

Motín.—Madrid.—No recibimos ningún número. ¿En qué consiste?

F. F. L.—Ciel.—Recibido escrito que me gusta por proceder. Igual pienso yo. Enterado y ya lo suponía.

Sigue enviando escritos iguales. Me gustan mucho.

ARELIUGA.

Noticias.

Ha entrado á formar parte de la redacción de esta Revista el ilustrado joven Saturio Enciso y Garganta.

Nos alegramos mucho.

Una cosa necesaria en todo momento y de grande utilidad es el *Anuario-Guia* de Soria y su provincia. Todos cuantos datos necesite V. búselos en esta importante obra y los encontrará. Véndese en casa del autor don Lucinio Llorente y en la librería de *Tierra Soriana*, al precio de *dos pesetas*.

Dirigido por F. Pérez Serrano ha empezado la publicación de *El Despertar Castellano* en Arévalo (Ávila).

De su redacción forma parte nuestro querido amigo y colaborador el distinguido periodista Sr. Macías Rodríguez.

Enviamos nuestra sincera y entusiasta felicitación al nuevo colega y anhelamos vivamente obtenga prospera existencia.

El Batallador

Revista literaria que publica quincenalmente la juventud de Soria.

Colaboración libre.

Cuotas voluntarias para imprimirlo.

Redacción y Administración:

Palacio de los Condes de Gómara.

Nuevo establecimiento de tejidos del Reino y Extranjero

A. SANCHEZ

VIUDA DE BALLESTEROS E HIJOS

Gran surtido para la temporada de verano.

En este establecimiento se hace toda clase de pelucas, bisoños, trenzas, tucles, flequillos, rizos, crepés, etc. etc.

Trasladado al Collado, 67, Soria

Además se hacen cuadros-panteones y demás adornos, incluso dijes, sobre cristal, marfil ó nácar, todo en caballo, á precios sumamente económicos.

(JUNTO A CASA VICEN)

También se alquilan pelucas, barbas y nos para teatros y disfraces.
Compra y venta de cabello.

Marqués del Vadillo, 2. Soria

PELUQUERIA ARTÍSTICA E HIGIÉNICA

Desinfección antiséptica

DISPONIBLE